

cípulo de Quirón como tú lo eres mío. Quirón quiere decir superior ó peor. Quirón era un sabio representado bajo la forma de Centauro, porque su ciencia había dotado al hombre de la fuerza y de la ligereza del caballo. ¿Y por qué? Porque también él había casi hallado el elixir de la inmortalidad, y tal vez, como á mi, no le faltaban más que esas tres gotas de sangre que tú me niegas. La falta de esas tres gotas de sangre hizo á Aquiles vulnerable por el talón; la muerte halló paso y entró. Sí, lo repito, Quirón, el hombre universal, el hombre superior, el hombre peor, no fué más que otro Althotas impedido por otro Acharat de completar la obra que hubiera salvado á toda la humanidad arrancándola del efecto de la maldición. ¿Y ahora qué me dirás?

— Digo, respondió Bálsamo visiblemente turbado, digo, que yo tengo mi obra y vos tenéis la vuestra. Procure cada uno de nosotros llevar á cabo la tarea que se ha impuesto á cuenta y riesgo de su propia persona; pero no exijáis de mí que os ayude cometiendo un crimen.

— ¡Un crimen!

— Sí: ¡y qué crimen! Uno de esos que lanzan tras vos toda una población irritada; un crimen que os lleva á esas horecas infames de las que vuestra ciencia no ha alcanzado todavía á librar ni á los hombres superiores ni á los peores.

Althotas dió dos fuertes palmadas sobre la mesa de mármol.

— Vamos, vamos, dijo, no seas un idiota humanitario, la peor raza de idiotas que existe en el mundo. Ven, hablemos un poco de la ley, de la brutal y absurda ley escrita por los animales de tu especie, á quienes subleva una gota de sangre derramada inteligentemente, pero que se recrean con los torrentes de licor

vital derramados sobre las plazas públicas, al pie de las murallas de las ciudades, en esos llanos que se llaman campos de batalla; de tu ley, siempre inepta y egoísta, que sacrifica al hombre del porvenir, al hombre del presente, y que ha tomado por divisa: «vive hoy y muere mañana.» ¡Hablemos de esta ley! ¿quieres?

— Decid lo que tenéis que decir, ya os escucho, respondió Bálsamo cada vez más pensativo.

— ¿Tienes lápiz, una pluma? vamos á hacer un cálculo.

— Calculo sin pluma y sin lápiz. Decid lo que tenéis que decir.

— Veamos tu proyecto. ¡Oh! ya me acuerdo... derribas un ministerio, disuelves los parlamentos, estableces jueces inicuos, causas una bancarota, fomentas rebeliones, enciendes una revolución, derrocas una monarquía, dejas que se levante un protectorado y precipitas al protector.

La revolución te habrá dado la libertad.

El protectorado la igualdad.

Y siendo los franceses libres é iguales, habrás consumado tu obra, ¿no es verdad?

— Sí: ¿creéis eso imposible?

— No creo en la imposibilidad. Ya ves que principio haciéndote concesiones.

— ¡Y bien!

— Espera: en primer lugar, la Francia no es como la Inglaterra, donde se hace todo lo que se quiere hacer, miserable plagiarío: la Francia no es una tierra aislada donde se puede derribar ministerios, disolver parlamentos, establecer jueces inicuos, causar una bancarota, fomentar rebeliones, encender revoluciones, derrocar monarquías, levantar protectorados y precipitar á los protectores sin que las demás naciones se

mezclen poco ni mucho en estos movimientos; la Francia está unida á la Europa, como el hígado á las entrañas del hombre. Tiene raíces en todas las naciones, fibras en todos los pueblos; trata de arrancar el hígado á esa gran máquina que se llama continente europeo: durante 20 años, 30, 40 tal vez, todo el cuerpo temblará; pero quiero contar por lo más bajo, y tomo 20 años, ¿es esto demasiado? responde, sabio filósofo.

— No, no es demasiado, dijo Bálamo, no es siquiera bastante.

— Pues bien, yo me contento con este tiempo. Supongamos 20 años de guerra, lucha encarnizada, mortal, incesante; supongamos 200,000 muertos por año, lo cual no es demasiado cuando se lucha á la vez en Alemania, en Italia, en España, ¿qué sé yo? 200,000 hombres por año durante 20 años, dan 4,000,000 de hombres; concediendo á cada hombre 17 libras de sangre, que es, poco más ó menos, la cuenta de la naturaleza, hecho esto, multipliquemos 17 por cuatro; veamos... suma 68,000,000 de libras de sangre derramada para lograr tu objeto. Y yo sólo te pedía tres gotas. Dí, ¿quién es ahora el loco, el salvaje, el canibal de nosotros dos? ¡Hola! ¿no respondes?

— Sí por cierto, os respondo que nada serían esas tres gotas de sangre si estuviere seguro del resultado.

— Y tú, tú que derramas 68,000,000 de libras, ¿estás seguro? dijo. Entonces, levántate, y puesta la mano sobre tu corazón, responde: «Maestro, mediante esos 4,000,000 de cadáveres aseguro la dicha de la humanidad.»

— Maestro, dijo Bálamo eludiendo la respuesta, maestro, en nombre del cielo, buscad otra cosa.

— ¡Ah! ¡no respondes, no respondes! exclamó Althotas con aire de triunfo.

— Os engañáis, maestro, sobre la eficacia del medio; es imposible.

— Creo que me aconsejas, creo que me niegas, creo que me desmientes, dijo Althotas moviendo con fría cólera sus ojos garzos bajo sus cejas blancas.

— No, maestro, no hago más que reflexionar, porque veo cada uno de mis días en contacto con las cosas de este mundo, en contradicción con los hombres, en lucha con los principios, y no como vos, secuestrado en un rincón, indiferente á todo lo que pasa, á todo lo que se prohíbe ó autoriza, pura abstracción del sabio y del citador; yo en fin, que sé las dificultades, las señalo y nada más.

— Si quisieras, pronto vencerías esas dificultades.

— Decid, si creyera.....

— ¿Conque no crees?

— No, dijo Bálamo.

— ¡Tú me tientas, tú me tientas! exclamó Althotas.

— No, yo dudo.

— Pues bien, veamos: ¿crees en la muerte?

— Creo en lo que es, y como la muerte es, creo en ella.

Althotas se encogió de hombros.

— ¿Conque la muerte es? dijo, ¿este es un punto sobre que no disputas?

— Es una cosa indisputable.

— Es una cosa infinita, invencible, ¿no es verdad? añadió el viejo sabio con una sonrisa que hizo estremecer á su adepto.

— ¡Oh! sí, maestro, invencible, infinita sobre todo.

— ¿Y cuando ves un cadáver, el sudor baña tu frente y el terror se apodera de tu corazón?

— No baña el sudor mi frente, porque estoy fami-

liarizado con todas las miserias humanas; no se apodera el terror de mi corazón, porque estimo en poco la vida; pero digo en presencia del cadáver: « ¡ Muerte, muerte! ¡ eres poderosa como Dios! ¡ reinas soberanamente, y nada prevalece contra tí! »

Althotas escuchó á Bálamo silenciosamente, y sin dar otra señal de impaciencia que la de atormentar un escalpelo entre sus dedos; y cuando su discípulo acabó su frase dolorosa y solemne, el viejo dirigió sonriéndose en torno suyo una mirada, y sus ojos, tan ardientes que parecía que para ellos no debía tener secretos la naturaleza, sus ojos se fijaron en un rincón de la sala donde, acostado sobre un montón de paja, temblaba un pobre perro negro, único que quedaba de tres animales de la misma especie que Althotas había pedido para sus experimentos, y que Bálamo le había llevado.

— Coge ese perro, dijo Althotas á Bálamo, y ponte sobre esta mesa.

Bálamo obedeció, cogió el perro negro y lo puso sobre el mármol.

El animal, que presentía al parecer su destino, y que sin duda se había visto ya bajo la mano del experimentista, se puso á temblar, á forcejear y aullar cuando sintió el contacto del mármol.

— ¡ Eh! eh! dijo Althotas, crees en la vida, ¿ no es verdad? puesto que crees en la muerte.

— Sin duda.

— Aquí hay un perro que parece muy vivo, ¿ qué dices?

— Seguramente, puesto que grita, se mueve y tiene miedo.

— ¡ Qué feos son los perros negros! mira, otra vez tráemelos blancos.

— Procuraré hacerlo así.

— ¡ Ah! dices que este perro está vivo! Ladra,

pobrecito, ladra, añadió el viejo con su risa lúgubre, ladra y aulla para convencer al señor Acharat de que estás vivo.

Y tocó al perro con el dedo cierto músculo, y el perro aulló ó más bien gimió al punto.

— Bueno: arrima la campana; bien está; introduce al perro debajo. Á propósito: me olvidaba de preguntarte qué muerte te parece mejor.

— No sé lo que queréis decir, maestro; la muerte es la muerte.

— Es cierto, muy cierto lo que acabas de decir, y yo también soy de ese parecer. Pues bien; una vez que la muerte es la muerte, haz el vacío, Acharat.

Bálamo dió vueltas á una rueda que despidió por un canuto el aire encerrado debajo de la campana, y poco á poco huyó el aire con un silbido agudo. El perro se inquietó al principio, después buscó, olfateó, levantó la cabeza, respiró ruidosa y precipitadamente, y al fin cayó sofocado, hinchado é inanimado.

— Aquí tienes el perro muerto de apoplejía, ¿ no es verdad? dijo Althotas: una muerte muy buena, porque no hace padecer mucho.

— Sí.

— ¿ Está bien muerto?

— Sin duda.

— ¿ Me parece que no estás convencido, Acharat?

— Todo lo contrario, si lo estoy.

— ¡ Oh! porque conoces mis recursos, ¿ no es verdad? Supones que he hallado la insuflación, ¿ eh? ese otro problema que consiste en hacer circular la vida con el aire en un cuerpo intacto, como se puede hacer en un odre.

— No, no supongo nada; creo que el perro está muerto, y nada más.

— No importa; para mayor seguridad, vamos á

matarle dos veces. Levanta la campana, Acharat.

Acharat levantó el aparato de cristal: el perro no se meneó; sus párpados estaban cerrados; su corazón no latía.

— Toma este escalpelo, y dejándole la laringe intacta, córtale la columna vertebral.

— Lo haré por obedeceros.

— Y también para acabar al pobre animal en el caso de que no haya muerto enteramente, respondió Althotas con esa sonrisa de obstinación propia de los viejos.

Bálsamo hizo con el instrumento una sola incisión, separando la columna vertebral á dos pulgadas poco más ó menos del cerebelo, y abrió una herida sangrienta.

El animal, ó más bien, el cadáver del animal, permaneció inmóvil.

— Sí, pardiez, estaba bien muerto, dijo Althotas, ni una fibra tiembla, ni un músculo se mueve, ni un átomo de carne se subleva contra este nuevo atentado. ¿No es verdad? está muerto, y muy muerto.

— Lo reconozco tantas veces como deseáis que lo reconozca, dijo Bálsamo impaciente.

— ¡Y he ahí un animal inerte, helado para siempre, inmóvil! Nadie prevalece contra la muerte, has dicho. ¿Nadie tiene poder para volver la vida aun en la apariencia al pobre animal?

— Nadie, sino Dios.

— Sí, pero Dios no será tan inconsecuente que lo haga. Cuando Dios mata, como es la suprema sabiduría, es porque tiene una razón ó un beneficio para matar. Un asesino, no sé ya cómo se llama, un asesino decía esto, y estaba muy bien dicho. La naturaleza tiene un interés en la muerte. Así veis aquí un perro

tan muerto como puede estarlo, y la naturaleza ha tenido interés en su muerte.

Althotas fijó su mirada penetrante sobre Bálsamo. Éste, fatigado de haber sostenido por tanto tiempo las chocherías del viejo, inclinó la cabeza por toda respuesta.

— Y bien, ¿qué dirías tú, continuó Althotas, si este perro abriese el ojo y te mirase?

— Eso me sorprendería mucho, respondió Bálsamo sonriendo.

— ¿Te sorprendería, eh?

Al concluir estas palabras con su risa falsa y lúgubre, el viejo aproximó al perro un aparato compuesto de piezas de metal, separadas por taponos de trapo; el centro de este aparato estaba sumergido en una mezcla de agua acidulada, y sus extremos ó polos, como se les llama, salían de la cubeta.

— ¿Qué ojo quieres que abra, Acharat? preguntó el viejo.

— El derecho.

Las dos extremidades próximas, pero separadas una de otra por un pedazo de seda, se fijaron sobre un músculo del cuello.

Inmediatamente se abrió el ojo derecho del perro, y miró fijamente á Bálsamo, que retrocedió aterrado.

— Ahora, pasemos á la boca, ¿quieres?

Bálsamo no contestó, dominado por su profundo asombro.

Althotas tocó otro músculo, y en vez del ojo, que se había vuelto á cerrar, se abrió la boca dejando ver los dientes blancos y agudos, en cuya raíz temblaban las encías, rojas como durante la vida.

Bálsamo tuvo miedo y no pudo ocultar su emoción.

— ¡Oh, esto es admirable! dijo.

— Ya ves como la muerte es poca cosa, dijo Altho-

tas con aire de triunfo por el asombro de su discípulo, puesto que un pobre viejo como yo, que va á pertenecerle pronto, la hace desviar de su inexorable camino.

Y de repente añadió con una risa estridente y nerviosa:

— Cuidado, Acharat: aquí tienes un perro muerto que ahora mismo quería moderte, y que va á correr tras de ti; cuidado.

Y en efecto, el perro, con su cuello cortado, su boca abierta y su ojo tembloroso, se levantó repentinamente sobre sus cuatro patas, y la cabeza horriblemente colgando, vaciló sobre sus piernas.

Bálsamo sintió erizarse sus cabellos; su frente se bañó de sudor, y retrocedió hasta la puerta de entrada sin saber si debía huir ó quedarse.

— Vamos, vamos, no quiero hacerte morir de miedo tratando de instruirte, dijo Althotas rechazando el cadáver y la máquina, basta ya de experimentos como éste.

Al punto el cadáver, cesando de estar en relación con la pila, volvió á caer pesado é inmóvil como antes.

— ¿Habías creído esto de la muerte, Acharat, y la creías de tan buena composición? Dí.

— Es extraño, en efecto, muy extraño, dijo Bálsamo aproximándose.

— Ya ves que se puede lograr lo que yo decía, hijo mío, y que el primer paso está dado, que es prolongar la vida cuando se ha conseguido anular la muerte.

— Pero no se sabe todavía, objetó Bálsamo, porque esa vida que le habéis dado es facticia.

— Tengamos tiempo y hallaremos la vida real. ¿No has leído en los poetas romancescos que Cassidea devolvía la vida á los cadáveres?

— En los poetas, sí.

— Los romanos llamaban á los poetas *vates*, amigo mío; no olvides esto.

— Vamos, decid sin embargo.....

— ¿Otra objeción?

— Sí. ¿Si vuestro elixir de la vida estuviese compuesto y lo hicierais tomar á ese perro, viviría eternamente?

— Sin duda.

— ¿Y si cayese en las manos de un experimentista como vos que lo desollase?

— Bueno, bueno, exclamó el anciano con alegría y batiendo sus palmas, he ahí dónde te esperaba.

— Entonces, si me esperabais ahí, respondedme.

— No deseo otra cosa.

— ¿Impedirá el elixir que una chimenea caiga sobre una cabeza, que una bala atraviese á un hombre de parte á parte, y que un caballo abra de una cox el vientre de su jinete?

Althotas miraba á Bálsamo del mismo modo que un espadachín debe mirar á su adversario cuando piensa darle un botonazo.

— No, no, no, dijo: eres verdadero lógico, mi querido Acharat. Ni la chimenea, ni la bala, ni la cox del caballo podrán evitarse mientras haya casas, fusiles y caballos.

— Verdad es que resucitaréis los muertos.

— Momentáneamente, sí; indefinidamente, no; porque sería preciso en primer lugar para esto que encontrase el sitio del cuerpo donde se aloja el alma, y esto podría ser algo largo; pero impediré á esa alma que salga del cuerpo por la herida que se haya hecho.

— ¿Y cómo haréis eso?

— Cerrándola.

— ¿Aunque esa herida corte una arteria?

— Sin duda.

— Quisiera ver eso.

— Pues bien, mira, dijo el anciano.

Y antes que Bálamo hubiera podido detenerle, se picó la vena del brazo izquierdo con una lanceta.

Había tan poca sangre en el cuerpo del anciano, y esta sangre circulaba tan lentamente, que tardó algún tiempo en aparecer en los labios de la herida; pero al fin apareció, y abierto el paso salió pronto abundantemente.

— ¡Gran Dios! exclamó Bálamo.

— ¿De qué te admiras? dijo Althotas.

— Estáis herido gravemente.

— Puesto que eres como santo Tomás, que no crees sino viendo y tocando, es menester hacerte ver y tocar.

Entonces tomó un frasquito que había colocado al alcance de su mano, y derramando algunas gotas sobre la herida, dijo:

— Mira.

Y al contacto de aquella agua casi mágica se retiró la sangre, se unió la carne cerrando la vena, y la herida llegó á ser una picadura demasiado estrecha para que aquella carne líquida que se llama sangre, pudiera escaparse por ella.

Esta vez Bálamo miró al viejo lleno de asombro.

— He aquí otra cosa que he hallado: ¿qué dices ahora, Acharat?

— ¡Oh! digo, maestro, que sois el más sabio de los hombres.

— Y que si no he vencido enteramente á la muerte, le he dado al menos un golpe que le será difícil reparar. Escucha, hijo mío: el cuerpo humano tiene huesos frágiles y que pueden romperse; yo haré esos huesos tan duros como el acero; el cuerpo humano tiene sangre que, cuando se escapa, se lleva consigo la vida, yo impediré que salga del cuerpo; la carne es

blanda y fácil de ser lastimada y herida, yo la haré invulnerable como la de los paladines de la edad media, sobre la cual se embotaba el filo de las espadas y la cortante hoja de las hachas: para esto no se necesita más sino que Althotas viva trescientos años; pues bien: dame lo que te pido y viviré mil. ¡Oh, mi querido Acharat! esto depende de ti. Devuélveme mi juventud, devuélveme el vigor de mi cuerpo, devuélveme la frescura de mis ideas, y verás si temo la espada, la bala, la pared que se desploma ó el bruto que muerde ó cocea. En mi cuarta juventud, Acharat, es decir, antes que haya vivido la edad de cuatro hombres, habré renovado la faz de la tierra, y te lo digo, habré hecho para mí y para la humanidad regenerada un mundo á mi estilo, un mundo sin chimeneas, sin espadas, sin balas de mosquete, sin caballos que den coces; porque entonces comprenderán los hombres que vale más vivir, auxiliarse mutuamente y amarse, que desgarrarse y destruirse.

— Verdad es, ó por lo menos, es posible, maestro.

— Pues bien, en ese caso traéme el niño.

— Dejádme reflexionar todavía, y reflexionad vos mismo.

Althotas lanzó á su adepto una mirada de soberano desprecio.

— ¡Bah! dijo, ¡bah! ya te convenceré más adelante; y por otra parte, la sangre del hombre no es un ingrediente tan precioso que no pueda reemplazarse acaso con otra materia. Yo buscaré y hallaré. No te necesito; vete.

Bálamo dió una patada sobre la trampa y descendió al aposento inferior, mudo, inmóvil y encorvado bajo el genio de aquel hombre que obligaba á creer en las cosas imposibles, haciendo él mismo cosas imposibles.